

198

**REVISTA**  
REVISTA ILUSTRADA DE ARTES Y LETRAS &  
ARIEL LUPA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR — CLEMENTE PALMA

AÑO III

Lima, á 20 de julio de 1907

NUM. 48



Mrs. ROBINSON  
(Cuadro de Gainsboroug de la colección Wallace)



# Notas de Artes y Letras

ROBERTO CLEMENTE PRISMA

Estoy poseído de la más santa indignación literaria contra un poeta, oscuro para mí, pero que seguramente es el hombre más popular en la populosa ciudad del Tepic... ¿Que dónde es eso? En México, señor, en México. Tepic es una capital de provincia—que en México equivale á nuestros departamentos, según entiendo—con planteles de educación, penitenciaria, teatro y calles alumbradas en las noches por la brillante luz que la ciencia ha puesto en las manos de los hombres” (¿Cuál será esa luz?) Así lo afirma una revista que he recibido. Tepic era feliz ó mejor dicho casi feliz, pues sólo le faltaba para que su dicha fuera completa una pequeña cosa: una revista literaria. Y ya la tiene. Esta revista que pone á Tepic en el pináculo de la felicidad se titula *Tepic literario*, y su director es el individuo que tiene el don de erizar mis nervios y hacerme maldecir una y mil veces contra el modernismo.

He mentido al afirmar que ese poeta me era desconocido. Alguna vez me he ocupado en esta sección de ese buen señor, que es un pedagogo muy malo, no me cabe duda, llamado Solón Argüello contra el cual pido respetuosamente al gobierno mexicano la cicuta, la guillotina, el garrote vil, ó por lo menos la mordaza y la camiseta de fuerza. Para conseguirlo no omitiría ni la calumnia ni las insinuaciones suspicaces é insidiosas. Actualmente hay un conflicto entre México y Guatemala; pues bien me permito llamar la atención del excelentísimo señor don Porfirio Díaz sobre mi sospecha de que á ese pedagogo-poeta, aunque es oriundo de Nicaragua, le tiran más por razón natural las cinco repúblicas pequeñas de Centro América, y por consiguiente Guatemala, que la gran república mexicana. Solo arrastrado por un propósito malévolo y una aviesa intención es que un pedagogo como don Solón Argüello puede, so capa de poesía, estar estragando el gusto y malogrando las entendederas á los bonachones ciudadanos de Tepic y lo que es peor á los niños tepiqueños. Sospecho que yo no soy mexicano pero siento profunda y sincera simpatía por la patria de Juárez y de Gutiérrez Nájera y me indigna que ese tío esté echando á perder el buen sentido de los habitantes de Tepic con los disparates que les hace digerir so pretexto de poesía. Como serán los que les haga tomar al cumplir su misión pedagógica. Y entienda el presidente de México que la fuerza de las naciones nace de las escuelas. Si no pone remedio á lo que sucede en Tepic, expatriando ó fusilando al poeta Argüello, de perniciosa influencia, pronto será allí de urgente necesidad un manicomio.

Publica don Solón en la revista con que ha dotado á

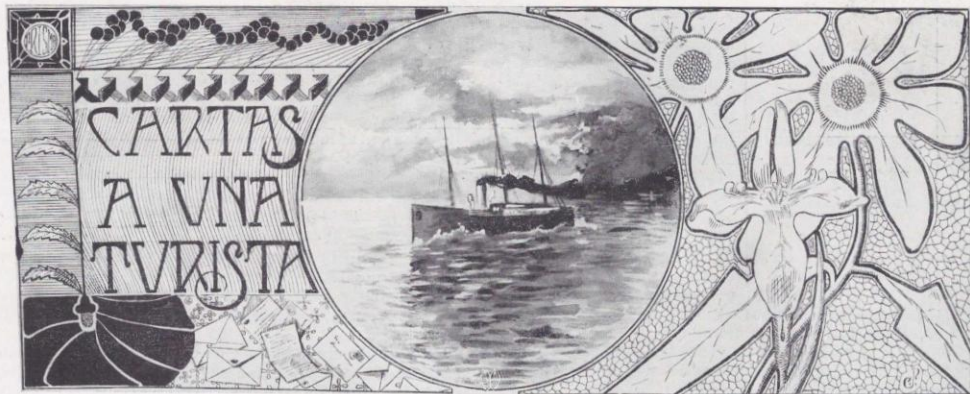
Tepic una poesía simbolista-modernista titulada *Psiquis* en cinco cantos, símbolos, ó lo que sea, á cual más disparatado, y en versi-prosa tal, que no se sabe qué preferir si la prosa ó el verso. Hay en México un distinguido é inspirado poeta, Amado Nervo, que ha dado por desgracia últimamente en escribir este género de poesía con mezcla prosaica y simbolística, y tengo para mí que ello es debido á influencias malsanas de don Solón porque lo malo cunde. Volviendo á *Psiquis*. El primer vejigazo ó canto se titula *La Cautiva* y el autor pone entre paréntesis lo siguiente que juzga de una gran belleza y de una gran claridad para que se comprenda la versada que cuelga á continuación: “En aquel amanecer habíase mostrado Febo tras los montes lejanos, tal así como la gran testa rubia de un sátiro melenudo. El Vientecillo—paje que augura á veces (á veces ¿eh?) cosas de oro (relojes, brazaletes, sortijas, dijes)—se halla acurrucado cabe los arbustos somnolientos. El cielo tenía lenguas pinceladas de amatista y grana.”

“La ensoñada prisionera salvó el foso del castillo y voló por la pradera como implume pajarillo la ensoñada prisionera”.

.....

Verdad que es difícil á un pajarillo implume volar por la pradera? Pues para don Solón nada hay difícil. Ahora van ustedes á ver. En el cuarto vejigazo que titula *Súplicas* dice el poeta lo siguiente en la consiguiente explicación simbólica, “El diamante solo es joya hasta después de su martirio. El alma sólo es buena hasta después de pasar por las manos del lapidario Tormento. Los espíritus débiles encallan como las naves; los fuertes resurgen como el Fenix—¡Oh Allan Kardec te creo! (Yo no) Alma que sufres, no descendas al abismo, retorna. El vientecillo subió á los árboles é hizo llover pétalos de rosas y claveles” ¡Que tal hacinamiento! Prescindiendo de comentar cada una de estas majaderías. Y sólo me fijo en esta curiosidad botánica: que en Tepic, ó donde el pedagogo hace pasar la acción poética, el clavel y la rosa son árboles de cuyas flores el vientecillo arroja los pétalos. Insisto, pues, en afirmar que si don Solón es un mal poeta es en cambio un peor pedagogo que está haciendo gravísimo daño á los tepiqueños. ¿Con que el clavel es árbol? Pero no seámos crueles; ya no pido la guillotina mila cicuta para el señor Argüello: me conformo con la casa de salud. El señor Argüello cree en Allan Kardec; es espiritista. Y con esto está dicho y explicado todo.





Julio es el mes heroico; su nombre suena como vibrante clarín guerrero; sus fechas clásicas nos hablan de Washington, el apóstol sereno y convencido de la austera fé republicana, de los gallardos libertadores argentinos, de las turbas parisienses, entonando con voces frías, nécticas el *ca ira* al escalar los muros odiados de la Bastilla, de los paladines de la antigua Colombia, de San Martín rodeado de los próceres limeños, en su épica majestad de patriota abnegado y sincero.

Por ser heroico, este mes es el predilecto de las almas sencillas, del pueblo, que ama las músicas bélicas y de los niños, que sueñan con las fiestas cívicas. El 14, los colegiales que no logran que un papá indulgente les dispense las tareas escolares, resuelven hacer la *vaca* para confundirse con el tropel bullicioso de francesitos nacidos en Lima que llenan de claras risas y de voces frescas los parques frondosos de la Exposición. Y viene después la espera gozosa de los días patrios, para cuya celebración el municipio confecciona desde hace varios años exactamente el mismo programa con tanta perseverancia como falta de gusto. Al suprimir la *noche buena* en la plaza de armas se ha perdido la más típica, la más característica, la de más delicioso sabor local de nuestras fiestas, en la que la alegría popular se desbordaba con ruidosa algazara bajo los viejos árboles rumorosos, junto á las mesitas atestadas de manjares crófllos y juguetes baratos, ante los toscos castillos de fuegos artificiales que provocaban ingenuas manifestaciones de regocijo y suministraban á la granjería armas para satisfacer su obscuro instinto justiciero contra la raza intrusa que envilece la sangre nacional.

Los seres refinados solo ven en este género de diversiones vulgaridad y pesadez; es indudable que no son ni deben ser escuela de elegancia y de buen tono; pero es noble y bello que los pueblos sepan gozar, que celebren sus glorias en forma adecuada al alma patria, que sean jóvenes y alegres con la hermosa confianza que da la juventud, con la sana alegría que da la fe en el propio esfuerzo, con el buen humor de las fuertes razas sajonas que ríen á carcajadas con la risa buena del niño y no con sonrisa irónica de los latinos que no admiramos lo solamente por burlarnos de lo ridículo.

La ausencia, que aviva el sentimiento patrio, te hará pensar con melancolía en el 28, sentir la nostalgia de las inevitables veladas de gala en los teatros y de las consabidas carreras del 30; esos son espejismos de la distancia, amiga mía porque el programita de nuestro Honorable Concejo se ha hecho horriblemente empalagoso á fuerza de repetirse y lo único que este año produce intensa expectación y que quisiera presenciar contigo es la llegada de los nuevos cruceros. ¿Se aspirará ese día en nuestro ambiente el mismo perfume de esperanza en el resurgimiento y de contento nobilísimo que en el día inolvidable en que se inauguró la estatua de Bolongnesi?

El elemento femenino, siempre poderoso en Lima, ha dado en estos últimos tiempos interesantes muestras de su actividad; después de la celebración del décimo aniversario de la *Cuna Maternal*, que debe su bienhechora existencia al grupo de altruistas damas que preside la señora Dammert, hemos tenido en el Politeama una brillante función á beneficio del Centro Social.

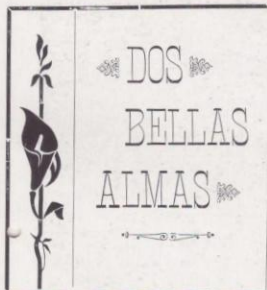
En un medio tan embrionario como el nuestro, ¡qué suma de esfuerzos continuos, de laboriosidad incansable y de paciente benevolencia contra la ignorancia y la ingratitude han sido necesarios para dar un asilo higiénico á los pobres chiquitines del pueblo y para fundar un colegio en que las niñas pobres reciban una instrucción práctica que las libre de la cruel servidumbre de la aguja!

Se susurra que también las protectoras de los niños pobres de Miraflores preparan una fiesta en la que seguramente habrá derroche de gentileza juvenil y de caridad amable que realza la santidad de la dádiva con la gracia de la sonrisa.

Se hace tarde y tengo que terminar mi charla contigo, linda y querida amiguita á quien siempre tengo tanto que decir; que cada día que trascurra traiga una satisfacción más á tu vida, un nuevo encanto á tu espíritu, un delicado atractivo á tu belleza y que en el blanco santuario de tus afectos fraternales conserves siempre un lugar á tu leal amiga.

ARACELI.





La joven viuda corteja da con la asiduidad melancólica de los grandes amores, por Medoro, aquel primo suyo en quien la química no excluía el ensueño, empezaba á sentir, no obstante su fidelidad todavía profunda hacia el muerto, un retano de dulce inquietud en la rica primavera de sus veintisiete años.

Indiferente al principio bien que piadosa siempre por aquella grave juventud, cuyo trémulo silencio en sufragio de irresolutas adoraciones, exaltaba tan gratamente sus íntimos orgullosos, Julia sentíase desfallecer á su vez. Su alta belleza morena iba adquiriendo una morbidez de flor excesiva, como un contraste, y al propio tiempo en armonía con el otoño que le infundía para mayor encanto, la languidez de su rubia belleza.

El primo no hacía sino adorarla, respetando con discreción casi religiosa la memoria del muerto, que fuera también su amigo; resignado á morir de amor como un abencerraje, si Julia no llegaba á quererle (es increíble lo románticos que son esos jóvenes sabios, allá en el fondo de sus dudas metódicas), ó á conquistarla por la adoración como á un ángel esquivo. Este nombre de "ángel", es ciertamente irremplazable para designar á la mujer amada, y puede empleárselo sin temor, pues tiene la vulgaridad de una estrella.

Julia idolatraba á su muerto, impregnado aún todo su sér por los tres años—los tres divinos y fugaces años—que su amor había durado, rindiendo al fin bajo el peso de dichas extremadas más allá de la vida y de la muerte, la debilidad un tanto excesiva del esposo. Permanecía toda rumoreante de besos como una colmena que aún guarda sus abejas. Y aquello llevaba ya siete años.



Esa noche, Julia, más conmovida que de costumbre por las tristezas de su platónico adorador, había decidido intentar un decisivo recurso. Considerábase perjura ante el muerto amado, si cedía á las súplicas de aquél, pues mil veces, en las horas de dulce delirio, habíale prometido la eterna fidelidad de que su sér protestaba ahora.

Tomó un mueblecillo lleno de papeles y fotografías, que abrió sobre sus rodillas á la luz de la lámpara; y mientras sus dedos clasificaban lentamente aquel tesoro de intimidades, su espíritu evocó el más caro de los recuerdos.

Fué durante un plenilunio, cuyo silencio, que sólo turbaba muy lejano un eco de mazurca, sugería encantadas navegaciones de Venecia.

Llevaba ella un blanco peinador, evaporado de luna, y por todo adorno una cinta azul al cuello. Aquella cinta empapada de besos por el amante, constituyó el talismán de fidelidad, que locos de amor decidieron elegir en testimonio de eterna dicha.

Guardáronla en un sobre que él debía conservar como depositario, para no abrirlo sino cuando la muerte amenazara abolir el amor en disipación de olvido.

El momento, sin duda, había llegado; y Julia, con una melancolía que iba abandonándose hasta la angustia, recorría aquellos papeles del esposo, que jamás quiso

revolver para no aumentar con mayores penas su amargura.

Poco á poco las lágrimas fueron invadiéndola; sus ojos cargáronse de un llanto pesado como el sueño, y cuando dió por último con el sobre ya ligeramente amarillado, donde él había escrito la palabra "Fidelidad"—¡Oh, amado, amado de tu alma, ya no quedaba en ella sino tu cariño!

El leve desgarramiento propagóse hasta su corazón: sus dedos hallaron la cinta con el antiguo habitual contacto; pero cuando el talismán apareció por fin, Julia se puso de pié como congelada por una palidez suprema.

¡Aquella cinta no era la suya! era una cinta blanca, —blanca ¡Dios mío!—completamente blanca, la prueba de una traición tanto más cobarde cuanto que había elegido para ocultarse el propio secreto de la violada fidelidad.

¿Era esa la cinta blanca que siempre llevaba al cuello Berta de Changy, la mujer del ministro de Francia, rival suya, como dijeron á su tiempo las malas lenguas del gran mundo?

¿Fué cierto, entonces? ¿Sus celos no la habían engañado?

¿Berta y Medoro?

Y Julia se hundió en un sollozo, como un guijarrillo blanco en el agua oscura.



La joven viuda, bella hasta la fatalidad en su palidez extraordinaria, había entregado las manos á su adorador.

Y con una calma implacable como el destino, narrábale vulgar: «la fidelidad de los hombres; las pobres mujeres; los hombres son todos lo mismo...»

«Nunca habría consentido en dejarse amar, si no fuese por aquella traición de ultratumba. Ahora...»

El la escuchaba enagenada, con una plenitud extática tan semeiante al miedo, que la pasión le temblaba en los labios sin alcanzar á formularse en palabras.

Pero cuando ella concluyó su relato, Medoro, en lugar del grito de victoria, del beso triunfal que semejante confesión suponía, soltó lentamente las manos adoradas.

Había sorprendido el secreto de la tragedia, y en su razón luchaban uno de esos combates sordos que definen vidas, el egoísmo del amor insatisfecho, con el sacrificio del puro amor.

Fué un instante, parecido, horriblemente parecido á la muerte, que es también un instante.

Medoro se aproximó más todavía, habló con una voz de naturalidad alarmante en la blancura impávida que le había sobvenido.

—No, Julia. La cinta es la misma. Se ha descolorado solamente. El papel de los sobres tiene cloro, y el cloro...»

Reinó el silencio. Julia, simplemente, se cubrió la cara con las manos. El amante paseó una mirada por el techo, los muros, el piso. Fijóla durante un minuto en cierta moldura trivial del contramarco. Julia permanecía inmóvil. Quizá dormía. Y Medoro, desamparado en la desolación de su verdad, paralizado su corazón por una evidencia de asesinato, se puso á llorar en silencio, inmóvil, los ojos siempre fijos sobre aquella moldura, con gruesas lágrimas calladas, fácilmente, para no despertarla... .



BAILE EN EL CALLAO DE LA COLONIA INGLESA.— LA CENA

Foto. Valverde

## EL IDILIO DE LAS SERPIENTES

[De BAUDELAIRE]

Eran dos Cascabeles,  
dos serpientes monarcas del bosque.

Ella enroscada al tronco de un castaño,  
subió destornillándose,  
moviendo febrilmente  
sus caderas cambiantes.  
Era joven y hermosa,  
voluble, astuta y ágil.

El nido rumoroso de los mirlos  
arriba del castaño columpiábase,  
al fresco soplo de la azul mañana  
encendida de ámbar.

Mirando avidamente,  
al pié del recio tronco, él deslizábase,  
envidiando la caza de su amiga;  
era ya viejo y el trepar cansábase.

Las serpientes riñeron  
en la mañana azul disuelta en ámbar.

Al tronco del castaño,  
ella siguió enroscándose,  
y trepaba moviendo febrilmente  
sus caderas cambiantes.

El nido rumoroso de los mirlos  
arriba del castaño columpiábase.

El, estirado entre los juncos secos,  
soñó escanciar la sangre  
roja de los polluelos aún implumes,  
de una flor blanca en el esbelto cáliz.  
Al despertar, el sol hundiéndose iba  
tras el hondo ramaje,  
y ávidamente entonces,  
miró al astro apagarse.

El nido rumoroso de los mirlos  
sobre el castaño ya no columpiábase,  
y su flexible compañera había  
traspasado el bosque.....

MANUEL S. PICHARDO.





# El arroyuelo de las hadas



¿Qué demonches hace usted debajo de ese tiesto de claves?—dijo un moscardón á un grillo, á quien acaba de descubrir en una de sus innumerables excursiones por la huerta.

—Pues nada,—contestó el ortóptero,—iba á echar una siestecita.

—¿Con esta tarde tan hermosa piensa usted en dormir? ¡vaya una idea peregrina!

—Es que he cantado toda la noche y estoy rendido.

—¿Y á quién dió usted la serenata?

—A una mariposa de alas verdes, recamadas de oro, á quien ví ayer revolotar, entre rayos de sol, en la cercana arboleda... y que no me mira con malos ojos.

—Señor grillo, se me figura que la tal mariposa... es grilla.



—¡No crea usted!  
—¿Pues sabe usted lo que yo digo? que si fuese cierto, esa señorita mariposa merecería estar... con grillos.  
—¡Señor moscardón! me parece que no le vendría á usted del todo mal un poco de buena crianza.  
—¿Se ha resentido su alteza?  
—¡Bueno!... ¡expresiones en casa!  
—¡No! ¡isi no voy! Quiero cantarle á usted las verdades del barquero...  
—¡Dios me dé paciencia!

—¡Mire usted que pasarse las noches importunando á todo el mundo con su agrio chirrido! los pájaros están que trinan: dicen que no les deja usted deja dormir.

—No debe ser tan desagradable mi canto, cuando hasta las estrellas bajan del cielo para oirme.

—¿Las estrellas? ¿ha visto usted las estrellas? ¡vaya! algún escarabajo que le habrá dado á usted un pisotón, y...

—No son ilusiones; las he visto aproximarse á mí, rayando de oro la negrura de la noche...

—Entonces las ha confundido usted con las luciérnagas aladas...

—No se trata de luciérnagas, señor moscardón, sino de estrellas reales... Pero, ¿me quiere usted hacer el pavor de dejar de zumbarme en los oídos y de dejarme dormir la siesta?

—No le suelto á usted hasta que no aparezcan las estrellas; de todos modos, nada tengo que hacer.

—Pues me da usted una noticia muy agradable.

—¿Y vienen aquí todas?

—¡Hola! ¿y las demás?



—Las demás han sido contratadas por las hadas del valle de las rosas...

—¿Para qué?

—Para bordar con hebras de luz de estrella un arroyuelo que como ancha cinta de seda azul atraviesa el valle...

—¡Qué me cuenta usted!

—¡Viera usted qué prodigio! Verdad que andan en ello manos de hada; no sólo bordan el arroyuelo con hebras de luz de estrella, sino con hebras de luz de sol....

¿Y para qué?

—Parece que se casa una de las hadas con un príncipe negro de la Nubia y quieren que entre los adornos del valle figure esa maravilla. ¡Oh! ¡vaya! será una fiesta muy lucida y muy bella, señor moscardón. Acudirá todo el mundo alado; las mariposas están preparando ya sus trajes de raso más brillantes... Esta mañana, un mirlo amigo mío, muy madrugador, vió flotar en el

azul del cielo algo que le pareció una nubecilla blanca, pero que resultó ser el velo de novia que ha traído de Oriente el Céfiro.

—Pues iremos á la fiesta.

—Dudo mucho que le admitan á usted.

—¿No pertenezco al mundo alado?

Se trata del mundo elegante, y usted es muy tosco... y muy feo; las mariposas se desmayarían al ver su facha.

—Pues me quedaré con el sentimiento de no poder admirar ese arroyuelo famoso...

—Se me ocurre una idea... vaya usted ahora.

—¿Queda muy lejos de aquí?

—A tres leguas escasas... no tiene usted más que seguir ese camino hondo que se divisa desde las tapias de la huerta, y el olor de las rosas le indicará dónde está el valle... si no entiende usted de geografía.

—Bueno, pues hasta la vuelta, señor grillo.

—Buen viaje, señor moscardón.

—Voy á ver esa maravilla.

—Y yo á dormir la siesta.

Empezaba á estrellarse el cielo, cuando apareció de nuevo el moscardón ante el tiesto de claveles.

—Señor grillo,—dijo echando chispas; —me ha engañado usted miserablemente; he estado en el valle de las rosas...

—¿Y no ha visto usted el arroyuelo?

—Sí, pero es como todos los demás.

—¡Qué escucho! ¿no está bordado, señor moscardón?

—No tal.

—Entonces ya sé lo que ha sucedido; como ha lleyido torrencialmente esta mañana... se ha *desbordado*.

CASIMIRO PRIETO.

## Caridad y prudencia episcopales



Cuenta mi queridísimo é inolvidable amigo Lavalle, en una de sus más preciosas consejas tradicionales, que, allá por los años de 1814, una monja del monasterio del Carmen se escapó cierta noche para ir al teatro á gozar de la ópera italiana, representación que, por primera vez, se hacía en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión ó brazo de río que provee al convento, y cubierta la cabeza con pañuelo lambayecano oyó, desde un *oculto* de platea, cantar á Carolina Griffoni *El barbero de Sevilla* del maestro Paisiello, que Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha inmortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la *dilettanti*, después de las diez de la noche, cuando al llegar á la Acequia de Islas se encontró con que los *tomeros* habían soitado ya el agua, lo que imposibilitaba la entrada al claustro para la monja melómana. En tribulación tamaña no le quedó á la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos á la puerta de la casa arzobispal, hasta que, alarmado su ilustrísima, que en esos momentos, concluda la colación chocolatesca, iba á acostarse en lecho, mando abrir y que entrase la importuna. Después de revelarle esta su cuita, y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz arzobispo Las Heras la hizo vestir la sotana manto y birretillo de su secretario, encaminándose al Carmen con el improvisado familiar. Llegados al monasterio, dejó á este en la puerta y, penetrando sólo en la portera, ordenó á la portera que previniese á la comunidad que, bajo pena de excomión mayor, *ipso facto incurrenda*, prohibía á las monjas asomar las narices fuera de la celda, hasta que él tocara la campana convocando á coro. Alejada la hermana portera, dió su ilustrísima entrada al fingido familiar.

Cuando quince minutos después se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo á la superiora:

—Madre abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, ilustrísimo señor: veinte monjas y tres de velo blanco, contestó aquélla, después de pasar rápida revista.

—Bendigamos á Dios, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí.

Y con voz arrogante entonó el *Te Deum laudamus*, acompañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del arzobispo en hora tan intempestiva.

RICARDO PALMA.





## LA ALBARDA DEL DUQUE

EL duque Paolo, de Ferrara, había tenido un mal día. Por la mañana recibió agria reconvención de su aliado Lorenzo, el de Florencia, sobre ciertos manejes del cardenal Doria; y el embajador florentino, sutil y escurridizo como hombre empapado en olorosos aceites, le había cortado la digestión con sus dulces amenazas.

Había encargado á su poeta de Cámara Andrea el veronés, fugitivo de Padua, un soneto digno de la robusta hermosura de la señora Jerónima Tacca, esposa del viejo gonfaloniero de Milán, y en vez de cantar á la espléndida matrona, que podía figurar en el Triunfo del Otoño, en las bóvedas ducales de Venecia, había salido cantando á un tallo de lino entre verde y oro, que al menor soplo de aire temblaba en su delgadez. El poeta alegó haber entendido que el soneto se asestaba contra Laura, la hija del impresor *Luciferus*, de la que también el duque se mostraba rendido al parecer. Sólo y meditatio se hallaba el pobre duque en su íntimo camarín, cuando entró su gentil hombre, su amigo y compañero de placer. Francesco de Brindice era sobrino de un duque, pariente de un Papa, deudo de un cardenal. No tenía un florín, y vivía de otro duque, de otro cardenal y de otro Papa.

—Tu anillo de ópalo, que revela el veneno, si acierto, duque, en lo que estás pensando.

—Puedes decir.

—Piensas en Carlos de España y en Francisco de Francia, y dices: «Ellos se dieron buenos testarazos; pero ninguno fué duque de Ferrara.»

—Perdiste. Pensaba en que es muy mal día el que comienza en riña y acaba sin amor.

—¿Qué sabemos! Al mísero Andrea le he conminado con ahorcarle si no remienda bien el soneto. Le he recomendado que se inspire en la estatua de Juno que tienes en la escalera. Setenta arrobas pesa.

—¿No oyes? Ve á saber qué ceremonia es ésta. No quiero que me fastidien con más quejas de tributos.

—Voy. (*Volviendo á poco.*) Duque Paolo, es el síndico del Tribunal de los Oficios que viene á entregarte una herencia.

—Te daré las primicias. ¿A quien heredo?

—A Jácome el tullido, que pedía sobre un burro unas veces, y otras debajo.

—Amigos eramos. Di á esos que entren.

—(*Entra el síndico con los escribanos y alguacillos.*)

—Duque Paolo, de venerado linaje y sangre esclarecida: Jácome el tullido ha muerto, y el Tribunal de los Oficios viene á cumplir su voluntad. «Las ánimas que no encuentran cumplidores, vagan solitarias por la llanura.

—Decid.

—Este es un testamento: «Lego á Dios mi ánima pecadora, y á la tierra este cuerpo miserable, que de ella misma fué formado. Item: lego al duque Paolo, mi señor, la albarda sobre la que pasé cuarenta y más años mi fullerías y muchos pecados, en restitución de los bienes de él recibidos; y para que la haya y disfrute como avisado que es, y del regalo se aproveche.»

—¿No hay más?

—No hay más, excelentísimo duque.

—Pues acepto la albarda.

Salió con majestuosa pompa el digno representante del Tribunal, mientras dos alguaciles dejaban delante del duque la herencia del mendigo. Era una costrosa y mal oliente albarda, barnizada por el sudor de dos asnos, el de abajo y el de arriba.

—Te adiuro duque—dijo Francesco;—¿á quién le pondrás eso? ¿Al síndico tal vez?

—Decía mi tío el cardenal Giordani de Santa María de pie di Grota: «No codicies el don del rico ni desprecies la herencia del pobre.» Mi anillo de ópalo, que revela el veneno, si esta vez aciertas lo que estoy pensando.

—Es sencillo: piensas que la broma del tullido poltrón podrá servirte para un soneto. ¿No? Pues esto otro:



Ni Carlos ni Francisco tuvieron ningún súbdito que les legase á tiempo una albarda.

—¡Por Baco! ¡Qué romo y pesado de entendimiento estás hoy! ¿No has leído el poema de mi maestro Leonardo de Pisa, tío de Niculoso el admirable?

«En grosera envoltura viene el misterio; en humildes pajas nació el amor, y toda redención rodó por los pesbres. ¡Ay de los que pasan y escupen! Pasan y escupen sobre su misma felicidad.»

—Sí, ahora recuerdo esos chismes de Leonardo. ¿Qué hay que hacer?

—Deshacer esa honrada albarda.

—Como se ordena. Ya está. Pero entre estas apestas pajas no topo con ninguna ninfa, ni diosa, ni... ¡calla! Aquí hay algo. (*Cómicamente solemne.*) Duque Paolo, las ánimas que vagan solitarias por las llanuras pontinas te han traído este tesoro: una llave.

—Dámela. ¿Es de puerta ó de arcón?

—De arcón es; apuesto la cabeza de Andrea.

—Todavía hay sol. ¿Sabes cuál es la casa de Jácome? tapias de la huerta conventual de San Francisco. Allí no hay sino leprosos, ladrones, asesinos, arpías... Uno de los círculos infernales.

—Allá vamos. ¡Hola! Mi cota, mi espada y mi capa,

~~~~~

El duque y Francesco han forzado la entrada del casuco de Jácome. No ven más que un montón de andrajos, unas escudillas de barro y un viejísimo arcón.

—Esta es la prenda—dice Francesco.

—Esta es. La llave conoce á la cerradura.

—Abre, duque.

—Espera. ¿Acaso el misterio lo bebemos de golpe? quien lo ha perdido todo, puede sentarse cómodamente sobre la ajena esperanza.

—Ya que eso dices, tú lo has de abrir. Tomo la llave.

—No puedo. Son dos llaves y dos cerraduras. ¿Y la otra?

—Creo que aquí está.

Entra una dama vestida de negro, cubierto el rostro con un velo de encaje; una dueña le acompaña.

—¡El duque!

—Señora, no os conozco, y os esperaba. ¿Traéis una llave?

—Esta, señor.

—Ya te dije, Francesco, ¡hombre de poca fé!

—Señor, fuera os aguardo con esta honrada dueña, me hace ese honor.

—Estamos solos, señora; decid á qué habéis venido.

—¿Sois su heredera?

—Esa fué su voluntad, y éste es su escrito. Yo le socorría... ¡El me aseguraba que me daría la fortuna.

—¿Quién sois?

—Beatrice di Santa Croce.

—¿La hija de Prieto el veneciano...?

—Del perseguido de la Señoría, del confiscado, del condenado, del maldecido por su amor á Venecia. Soy la hija del proscrito, que pide al duque hospitalidad.

—Dignaos alzar ese velo, ya que dijisteis vuestro nombre.

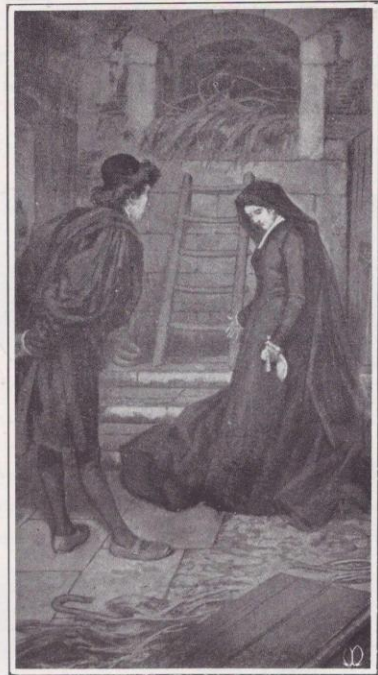
—Obedezco... ¿Queréis ver mi sinceridad?

—He querido ver vuestra hermosura. Señora, somos dos hermanos que heredán á un padre miserable. ¿No? Pues somos dos amantes que quieren abrir el arca del misterio... ¿No os parece bien?

—¡Ah, señor, no sé qué diga...! Es difícil mi situación.

—¡Es fácil. He aquí un misterio en un arca; el Arca tiene dos llaves; una tengo yo vos la otra. Enlacemos las manos y abramos á un tiempo... así.

—Esperad; es que me tiembla la mano.



—Y á mí me tiembla el corazón. Beatrice, ¿no soñaste alguna vez con ser tú la señorfa de algo que te mereciese? Responde antes de abrir.

—No sé... alguna vez ha soñado... viendo pasar á un duque.

—Abramos. ¿Qué hay?

—Oro, señor; plata, joyas también.

—Es tu dote.

—¿La mía? ¿Por qué?

—Mi maestro Leonardo, lo ha dicho: «¡Ay de los que pasan y escupen! Pasan y escupen sobre su propia felicidad».

—¿Qué rumor es ese?

—Señor—dice Francesco,—como la noche ha cerrado, vino el capitán Jacobo con su compañía de piqueros. Yo, topeamente, le dejé la pista. ¿Hice mal?

—Hiciste bien, y esta sortija de ópalo brillará en tu índice... ¡Hola!, capitán Jacobo. Escoltad con todos los honores á la señora duquesa de Ferrara.

—¡Viva la duquesa Beatrice di Santa Croce!

—Y viva Jácome, que ha muerto.

—Bien decía el cardenal, mi tío: «No codicies el don del rico, ni desdeñes la herencia del pobre...» ¡Dichosa albarda!

José NOGALES.



# Notas Hípicas

Las carreras del 14 de julio

Tres no abres prestigiosos, en los anales del turf, que unen á su celebridad el recuerdo imborrable de estupendas apoteosis, dieron su histórica consigna á importantes premios de la



"Atenta" montada por L. Benites, ganadora del premio Finasseur

reunión ofrecida por el Jockey Club en honor del aniversario de la República Francesa.

En el primero, "Medoc", espléndidamente montado por



La llegada en el premio Finasseur  
1 "Atenta" 2 "Avonalis" 3 "Visión" 4 "Dandy"

Benites, ganó en buena lid á sus rivales, batiendo el record de los 1600 en 1.41, con 54 kilos.

En el segundo, "Atenta" obtuvo un difícil triunfo sobre "Avonalis", que estuvo muy bien montada por Cerda.



Un grupo de sportmen, en su galería favorita.



Un desfile

"Rienzi" ganó una hermosísima carrera; y de los competidores del Derby que se estrenaron en el premio "14 de Julio", los que más sobresalen son: "Hidalgo" y "Bridge" más esbelto y fino el uno, más compartido el otro.



¿en qué piensan las pollitas.....?

Pero entrando en los detalles de su desarrollo, mejor con junto de líneas, más armoniosas y equilibradas y acción más



El señor Miguel Grau, Secretario General del Jockey Club y el conde Bolognani jazz de llegada





"Ventarrón" montada por Cerda, regresando al peso, después de su victoria, con el señor J. Letona, uno de sus propietarios  
Insts. Grandjean

amplia, indica el pupilo del Stud Alianza, y su derrota del Domingo, motivada sin duda por el resbalón que, dice su jockey,

sufrió en la carrera, no disminuye sus esperanzas para el Derby. Sin embargo su triunfo no está unánimemente indicado por el público. "Bridge", después de su victoria, cuenta con decididos partidarios, y se presenta como un temible adversario en la gran prueba de Julio.

"Llano" también fué vencido por "Ventarrón" á quien le daba once kilos de ventaja. El célebre caballo de los señores Aspíllaga, ante una ruda labor, se ha inclinado pidiendo descanso, y después del accidente en el premio "Francia", motivado por un golpe ó por una mala pisada, ha sido retirado del turf por algunos días. Aprovechando las condiciones en que ha sido su carrera, el viejo campeón del Stud Bonheur, volvió á pasear, entre palmas, por las pistas, la elegante y armoniosa fantasía de la casaca azul salpicada de oro.

Mis preferidos en las carreras de mañana son:

- En los 1,200 metros: Doubtful y Visión.
- En los 1,600 metros: El Stud Iquique.
- En los 2,000 metros: Ventarrón.
- En los 1,400 metros: El Stud Iquique.
- En los 900 metros: Honor y Tarapacá.

JIP.

## Concurso Nacional de tiro al blanco



Aspecto del Campo de Tiro  
Marcando las series

El tomador del tiempo



Disparando  
Grupo del Club Mauser

Fotos. Mendoza y  
Foto Grandjean.

MODAS



Toilet de visita, por Dreccoll



Vestido de comida, por Beer



# CRONICA DE LA SEMANA

## Nuestra información gráfica



El último sábado se realizó en el local del *Callao Club* un baile al cual asistieron muchas conocidas familias peruanas é inglesas.

Las fiestas del *Callao Club* se realizan siempre en un ambiente de cordial alegría enteramente británico. Es el *Club* trozo del *home* inglés trasladado á orillas del Callao, sobre ese *Malecón* Figueredo—de tan hermosa perspectiva en las noches claras,—y como tal, la mayor franqueza reina en esas hermosas *soirées*.

En la del último sábado y durante la cena tomó nuestro fotógrafo la vista que publicamos hoy.

Con gran animación de parte de la colonia francesa se ha celebrado este año la clásica fecha del 14 de julio.

El aniversario de la toma de *La Bastilla*, ha dado lugar en Lima—donde la colonia francesa es tan numerosa y vinculada, muchas fiestas:

El banquete en la Exposición, con asistencia del Alcalde de Lima y de las altas personalidades de la colo-

nia; y la *soirée concert* del Orfeón, han sido las más resaltantes fiestas.

Las fiestas de caridad son cada vez más frecuentes entre nosotros. Después de la velada de la institución *La Cuna Maternal*, el *Centro Social de Señoras* organizó una función teatral en el *Politeama*.

Aquella noche la amplia sala del vetusto coliseo estaba en un derroche de luces y colores. En los palcos se hallaban todos los rostros bellos de nuestras mejores fiestas sociales.

En el escenario *Bohemios* y *Balada de la luz* de Vues y *Modas* de Benavente, se encargaron de animar el programa, con las armónicas inspiraciones del primero, y la sátira culta del segundo.



EL TEATRO POLITEAMA EN LA VELADA A BENEFICIO DEL CENTRO SOCIAL

Foto, Valverde.

Un gran concurso de tiro al blanco hace luchar actualmente en nuestros campos de tiro, á los mejores campeones de los cuerpos de ejército, sociedades y clubs que cultivan ese deporte.

De uno de estos *matches* han sido tomadas las fotografías hoy publicadas, fotografías que representan los diversos incidentes de uno de los concursos.

Willette, un dibujante parisiense de mucha originalidad; colaborador constante de *Le Rire*, y otros periódicos franceses, ha dejado durante un momento el lápiz satírico para dibujar la alegoría que hoy vé la luz en el presente número.

En el original de Willette, poseído por la familia Palma, del que es tomada esta reproducción y dedicado á la batalla de Valmy, ganada durante la Revolución, por los franceses contra los prusianos, no se sabe que admirar más, si la pureza del dibujo, ó la hermosura de la figura de dicha alegoría.



ALEGORIA DE LA BATALLA DE VALMY

## “A través de un prisma”

En pleno girón de la Unión y delante de los escaparates de una sastrería en moda, la gente se detenía, no hace muchos días, á contemplar las caritas sonrosadas y las *toilettes* infantiles de una docena de muñecas, aspirantes al premio de un concurso de belleza y elegancia muñecil.

Estaban ahí, eternamente sonrientes tras las vitrinas del establecimiento, tendiendo sus bracitos inmóviles como para pedir un abrazo infantil que no ajara la seda y *valenciennes* de sus vestidos claros. Y delante de aquella vitrina, grandes y pequeños se detenían un momento; dejaban vagar una mirada

de juez sobre las caritas de sonrosado *biscuit*, sobre, los trajecitos rosas y azules, y continuaban su marcha, indiferentes los grandes, llevándose los chicos, una visión dulce y triste del juguete admirado durante un instante, entre la estrechez y comentarios de la gente arremolinada ante las vidrieras.

¿Cuántas cabecitas rubias y morenas soñaron aquellas noches con las elegantes *poupées* del concurso. Cuantos ensueños de futura posesión se hicieron por parte de las pequeñas admiradoras, hacia esos adorables juguetes de nariz respingona, mirada azul y eterna sonrisa, por encima de un trajecito imperio; muchos padres lo sabrán



Banquetes de la colonia francesa en la Exposición

Foto. Valverde





La poupée que obtuvo el primer premio Foto. Lund.

seguramente. No hay idea más seductora, más fija, ni deseo más tenaz que el que nos inspira, cuando niños, la posesión de un juguete; es todo el germen de nuestras futuras pasiones, de nuestras cercanas inclinaciones, que despiertan para atormentarnos, como un presagio de lo que más tarde nos harán sufrir el deseo de posesión de otros juguetes más inaccesibles ó infinitamente más caros.

Y luego, allí en el grupo de gentes que se arremolinaba ante las vitrinas, suspendidos en brazos de los mayores, habían niñas de todas clases. Adorables criaturas, de pelo ensortijado y trajecito de lujo, llevados por criadas de albo mandil y ademanes respetuosos, y pobres chicleas de pingoso traje que luchaban afanosamente por colocarse en primera fila, y luego limpiaban con sus manos el cristal de la vidriera empañada por la respiración de los incómodos vecinos. Había tal anhelo en sus miradas, tal afán en sus ademanes, que viéndolas recordaba una anécdota muy antigua, tan antigua que si aún recuerdo si la leí ó me la refirieron de muy niño. En ella una noche de Diciembre una niña cubierta de nieve contempla con ojos ansiosos una muñeca. El juguete es caro, muy caro: dos francos! pero bah! el contemplarla no cuesta dinero, y la niña, que tiene hambre y frío, sigue recibiendo nieve y mirando con ojos ansiosos el interior del alumbrado establecimiento. Luego marcha al azar, hacia cualquier parte; con la visión de la muñeca ya tiene alegría para toda la noche: pero es noche de Navidad, y una alegría más grande aún le reserva la providencia.



Las poupées que obtuvieron el segundo, tercero y cuarto premio

Un caballero bueno—en todos los cuentos hay hombres buenos—le da dos francos y élla parte lijero, muy lijero, quizá si á comprar pan, quizá si á comprar ropa....

...Y á la mañana siguiente se registraba en la prensa, el hecho de haberse hallado en el quicio de una puerta el cadáver de una niña, que abrazaba una muñeca....

Termina la anécdota, triste como todas esas desgracias infantiles.

A qué manos irán á pasar las muñecas exhibidas? ¿De cuántas pequeñas asiduidades serán objetos las *poupées* del concurso? Serán objeto de repetidas admiraciones; sus facciones, los detalles de su indumentaria serán cuidadosamente estudiadas; tendrá siempre preferente lugar cerca de su dueño, hasta que esta vaya creciendo lentamente, hasta que ésta vaya prefiriendo el cuidado de su propia *toilette* al del de su muñeca, y entonces comenzará para el abandonado juguete, un período de tristeza. Descoloridas sus sedas y gazas, estropeadas sus articulaciones, permanecerá sólo completamente olvidada de su antes cuidadosa ama. Y entonces, tened cuidado; la niña ha olvidado sus juguetes, se transforma su mujer en una de esas adorables y temibles muñecas de la vida que causará tantas melancolías, tantos dolores y desengaños, como infantiles tristezas motivaran las *poupées* del concurso, las muñecas de ojos azules y bracitos inmóviles.

ZADIG.



# Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

---En efecto, dijo mi tío, esas cosas le suceden á todo el mundo. Eso le enseñará á usted á no llevarme siempre á sus viajes. ¿Acaso ese dichoso paseo por Abisinia es la causa de que no le hay visto durante dos años? Quédesse usted sobrino, añadió con tono burlón; estas escenas de familia son muy instructivas; así se aprende. ... Vamos, responda usted, capitán.

---¿Dos años! replicó mi tío. ¿Hace verdaderamente dos años?

---Consulte usted sus papeles de bordo, si no los han enterrado con su amigo.

---Dispense usted, querida Eudoxia, pero durante ese tiempo he tenido asuntos muy importantes. ...

---Sí, repuso mi tía, ya los conocemos, sus asuntos importantes. ¡Y qué cosas me han contado! ¿Sabe usted lo que me dijo lord Clifden en San Petersburgo hace dos meses al felicitar-me por lo bien que me sentaba el luto de viuda? Pues me aseguró que, en vida, había usted sido bígamo.

---¿Es posible semejante cosa? exclamó mi tío con el mayor aplomo.

---Me aseguró que le había visto á usted en Madras con una española linda y joven ¡ah pérfido! la cual ostentaba sin rebozo el nombre de señora Barbassou. ¿Valía la pena de robarme para tratarme de esa manera?

---Lord Clifden le ha contado á usted una novela, hija mía. Es un bromista de mal género y espero que no le habrá usted dado crédito.

---¿Y usted? repuso mi tío, cuya sangre fría no se alteró ni un instante, ¿qué ha hecho? ¿dónde ha es ado usted?

---¡Oh! si tuviera que empezar en el día de su partida, me perdería seguramente, respondió mi tía. Hace un año, por esta época, me hallaba en mis tierras de Crimea, donde me aburrí durante cinco meses; después pasé el invierno en San Petersburgo y la primavera en mi castillo de Corfú, donde tuve la ventaja de poder llorar su muerte con toda comodidad. Por último, me hallaba en Viena desde hace dos meses cuando, hace ocho días, recibí de mi intendente la carta en que usted me hacía el honor de darme cuenta de su resurrección al mismo tiempo que de su deseo de verme. Inmediatamente hice mis visitas de despedida y aquí me tiene usted. Ahora, añadió alargándole una manta de viaje, si me permite usted cambiar de traje, me hará el mayor placer.

---Voy á llevarla á usted á sus habitaciones, respondió mi tío.

---Sobrino, dijo, haciéndome una reverencia, prepárese usted á satisfacer mis caprichos. Cuando quiero, tengo muchos. ... ¡Conque ya lo sabe usted!

Salieron ambos y yo me quedé completamente maravillado de su mutua acogida. Puedes comprender el efecto que debía producirme mi tía y no me causó menor sorpresa lo que descubrí también de nuevo en mi tío. Aquello fué un cambio completo. Ya no juraba; su lenguaje y sus modales habían adquirido la corrección más refinada y eso sin violencia ni embarazo, antes bien en un modo tan natural que verdaderamente parecía curtido en la práctica de los salones. No había dado ningún traspies. Su franca galantería no tenía nada de postizo; era otro hombre y no me cabía la menor duda de que mi tía Eudoxia de Cornalis no le había conocido nunca con otro aspecto.

---¡Vamos! ¿qué tal encuentras á tu tía? me preguntó al volver al cabo de cinco minutos.

---Encantadora, querido tío, y lo más graciosa posible.

---¿Esperabas acaso encontrarte con una mona? exclamó.

---Seguramente que no, repuse. Pero mi tía podía ser la belleza en persona sin poseer ese caracter y esas cualidades de ingenio que adivino en ella.

---¡Oh! tú no puedes aún juzgarla, repuso con negligencia. Ya verás más tarde. Es toda una mujer.

Mi tía no volvió á bajar hasta la hora del almuerzo. A su entrada, la sala, en la que de ordinario no había más que mi tío y su sobrino, pareció iluminarse con regocijado resplandor. Seguramente mi tío experimentó la misma impresión que yo, porque, inclinándose hacia mí, y con su flemá imperturbable, me dijo á media voz:

---Ya vez cómo esto se anima.

Sentóse mi tía y mientras se quitaba los guantes, paseó su mirada por la mesa, los aparadores, los criados y toda la sala.

---Francisco, dijo al antiguo ayuda de cámara de mi tío. Envíeme usted al jardinero á eso de las cuatro.

---Sí, señora condesa.

---Y también al maestresala, á quien no veo por aquí.

---El maestresala, replicó mi tío, soy yo.

---¡Magnífico!, le felicité á usted, hubiera debido sospecharlo.

---Párceme sin embargo que no lo hago del todo mal. ¿Acaso este moviliario nuevo no le gusta á usted?

---Al contrario, es muy hermoso y reconozco en él la pasión que siempre ha teuido usted á andar á caza de cosas lindas; pero falta vida y animación. ... ¿Qué hacen ahí, dígame usted, esos inmensos jarrones abriendo su inmensa boca para tragar polvo?

Esos mandarines, dijo mi tío, pues vienen del palacio del emperador de China.

---¡Oh, qué hombres! exclamó mi tía riendo. Serían capaces de estar en el paraíso y olvidarse de contemplar al Padre Eterno. ... Pero captán, mi esposo y dueño ¿de qué le sirve á usted tener estufas llenas de flores si no se recrea usted con su vista?

El almuerzo fué alegre, regocijado, sin dejar de conversar, y con una simple señal, daba mi tía sus órdenes á Francisco para todas esas mil pequeñeces que sólo una mujer sabe preaver y, como por encanto, mi tío lo encontraba todo á mano; antes de que tuviese tiempo de pedir de beber, veía su vaso lleno. Jamás nos habían servido de aquel modo. Cuando nos levantamos de la mesa, dijo mi tía:

---Vamos á dar una vuelta por el parque. Tomó mi brazo y partimos, No te referiré este paseo durante el cual mi tía y yo acabamos de hacer completo conocimiento; no tardamos en sentir mutuamente la mayor simpatía. Con un tacto supremo y como quien no quiere la cosa, al cabo un cuarto de hora, por medio de preguntas discretas, logró que le contase toda mi vida, mis estudios, mis aficiones, sin olvidar por supuesto mis locuras de soltero, que le hicieron reír más de una vez. Como comprenderás, pasé en silencio todo lo relativo á mi vida de bajá. Mi tío caminaba á nuestro lado, dejándonos hablar; hubiérase dicho en verdad que continuaba tranquilamente su vida de marido interrumpida la víspera, sin que hubiera turbado su curso ningún accidente de importancia. En aquel momento pasamos por delante del sendero que conduce á la casa turca.

---¡Ah! ¡entremos en el Nuzá! dijo mi tía.

Al oír estas palabras, dirigí á mi tío una mirada de angustia. El dijo sin pestañear:

(Continúa.)